



Escritora húngara (Csikvánd, 1935-Suiza, 2011) que realizó su obra en francés.

A la edad de 21 años se marchó de su país cuando la revolución húngara de 1956 fue aplastada por las tropas del Pacto de Varsovia. Ella, su marido y su hija de 4 meses escaparon a Neuchâtel, en Suiza. Tras cinco años de exilio y soledad trabajando en una fábrica dejó su trabajo y se separó de su marido. Empezó a estudiar francés y comenzó a escribir en ese idioma.

Sus primeros pasos como escritora (1972) fueron en el ámbito de la poesía y el teatro (*John et Joe, Un rat qui passe*), facetas de su obra que han tenido un impacto menor que la novelística.

En 1986 aparece su primera novela, *El gran cuaderno*, obra que se tradujo a más de 30 lenguas. Su secuela, *La prueba*, llegó dos años después. Hasta 1991 no aparece la parte final de esta trilogía, *La tercera mentira*. La obra completa fue publicada en España bajo el título *Claus y Lucas*.

También ha abordado el género autobiográfico en *La analfabeta*, aunque ella misma reconoció que fue un error publicar los textos que lo componen, que consideraba sin valor.

Su último trabajo es una colección de historias cortas titulada *C'est égal*, que se publicó en 2005 en París. La mayoría de sus obras han sido publicadas por Editions du Seuil.

Entre los muchos galardones que jalonaron su trayectoria, figura el premio Alberto Moravia, que se concede en Italia, o el Kossuth, la máxima distinción de Hungría. En el 2009 fue una de los candidatos para el Príncipe de Asturias de las Letras, que recibió el albanés Ismail Kadaré.

Otros galardones que le fueron otorgados son el Premio Gottfried Keller (2001) y el Premio del Estado de Austria de Literatura Europea (2008).

La crítica elogió su estilo crudo, minimalista, y su juego temático con la brutalidad y la ingenuidad. Ella misma lo describió en 2007: «Seguramente mi forma de escribir viene del teatro. Diálogo puro. Lo justo, sin relleno, sin grasa. ¿Para qué dar vueltas? ¿Para hacer literatura? No me interesa la literatura». En esa misma entrevista declaró haber abandonado la escritura, porque «no lo necesito. Para mí la escritura es demasiado importante como para hacer algo que no me guste. Y no creo que me salga ya nada mejor de lo que escribí. ¿Para qué empeñarse?».

No fue una escritora mediática, apenas concedió unas pocas entrevistas. El mundillo literario, decía, no le interesaba nada. No figuró nunca en las listas de best-sellers, aunque las editoriales que publicaron sus libros hicieron buenas ventas: siempre a fuerza de lentos goteos, conquistando a sus lectores uno a uno. Tal vez por eso ayer no se paró el



mundo ante la noticia del fallecimiento, a los 75 años, de Agota Kristof. Murió en 2011 su casa de Neuchatel (Suiza), donde vivía desde 1956.

## Agota Kristof, escritora analfabeta

Por Alessia Cisternino

(La Información, 30 de julio de 2007)

“*Ya no escribo, estoy muy enferma. No lo he decidido, simplemente ha pasado*”. Es lo que confesaba hace tan solo unos meses Agota Kristof en una entrevista para la revista literaria húngara [Hlo.hu](http://Hlo.hu). Esta semana, la escritora húngara que llegó al reconocimiento internacional gracias a la trilogía formada por *El gran cuaderno*, *La prueba* y *La tercera mentira* – que en [España](#) se publica por la editorial [El Aleph](#) con el título [Claus y Lucas](#) – ha fallecido en [Suiza](#), su país de adopción.

Sus libros hablan constantemente de la fuga desde la ciudad de K. – Köszeg, su ciudad, la que no quiere nombrar, sino más bien olvidar – y del inicio de una nueva vida. Pero en ellos no hay ni esperanza, ni alivio, ni rescate, ni salvación.

Los libros de Agota Kristof son duros como piedras. *Claus y Lucas* – traducido en más de 30 idiomas, sin duda la obra maestra de Kristof – es un relato que se hunde en la sordidez del ser humano, en su natural crueldad, de la que no se libran ni siquiera los niños.

### Idioma enemigo

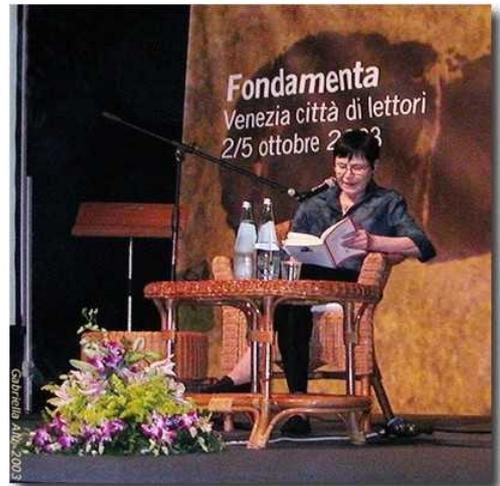
Kristof empezó a gestar todos sus relatos en la Hungría de la que huyó, pero estos relatos vieron la luz en Suiza y en francés. *La Analfabeta*, publicado en España por la editorial [Obelisco](#), cuenta la historia de esta lucha: la lucha de una escritora “analfabeta” contra un idioma desconocido y a veces enemigo.

*No importa*, también publicado por El Aleph, es una recopilación de relatos que nacen de los primeros poemas que Kristof escribió en su idioma natal cuando era todavía una adolescente. Como explicó en una entrevista al diario [El Mundo](#), la conversión de estos poemas en prosa fue para ella una elección obligada, dado que la poesía le resultaba más difícil de traducir a un idioma que todavía no dominaba.

La prosa seca de Agota Kristof, que recuerda la de otra gran autora húngara como Magda Szabó, y su mirada despiadada y a la vez poética son elementos que convierten sus libros y sus obras teatrales – como *La Clé de l'ascenseur* y *L'Heure grise ou le dernier client* – en pequeñas bombas de relojería: hermosas y perfectas por fuera y a la vez capaces de provocar efectos devastadores.

No hay nada que se salve de esta destrucción. Ni siquiera el amor. En un centenar de páginas, un libro como *Ayer* revienta y reinventa el significado de una historia de amor imposible. Sandor y Line, los protagonistas de este libro, están unidos por un amor del que desconocen la naturaleza y que no está destinado a completarse.

*Brucio nel vento*, la versión cinematográfica de *Ayer* dirigida por el cineasta italiano Silvio Soldini, optó por dar a esta historia de amor imposible un final feliz. Por lo menos en la gran pantalla. Agota Kristof no aprobó esta elección. Ella hubiese preferido un final triste.





## Tertulias Literarias

### Entrevista

En 1986, treinta años después de huir a Suiza con su marido y su hija recién nacida, la narradora húngara escribió en francés *El gran cuaderno*, primera entrega de una trilogía que la consagró como novelista. En una entrevista en su casa, en Neuchâtel, afirma que ha dejado de escribir y habla de su vida: la infancia en la guerra, el exilio, el trabajo en una fábrica y el éxito.



*"Con este tiempo, pensé que no vendría".* Cuando abre la puerta de su casa, Agota Kristof se sorprende de que alguien haya atravesado media Europa para hablar con ella. *"Pensé que vivía usted en Ginebra, no que vendría desde España"*, dice mientras se dirige lentamente hacia el sofá. La escritora húngara, que no aparenta los 71 años que tiene, vive sola en el centro histórico de Neuchâtel, en la Suiza francófona, en un escueto apartamento que uno asociaría más con una estudiante que con una escritora que es un mito en Francia, que ha sido traducida a más de 30 lenguas y cuyo nombre ha estado algún año en las quinielas del Premio Nobel. *"Puedo vivir en un tercero por el ascensor"*, comenta. *"No me dan las piernas. He tenido dos hernias discales y de la segunda no me pueden operar. Sólo salgo un rato por la mañana para hacer la compra. Ya no viajo. No puedo arrastrar una maleta"*.

### La huida y el éxito

Kristof llegó a Neuchâtel arrastrada por la política. Era 1956 y su marido había participado en Hungría en la revolución contra el régimen prosoviético. Cuando la revuelta fue sofocada, el matrimonio atravesó a pie la frontera con su hija recién nacida. Primero Austria, luego Suiza. *"Mi marido se empeñó en que nos fuéramos"*, recuerda ahora la escritora. *"Muchas veces he pensado que más habría valido que él hubiera estado dos años en la cárcel que yo cinco en una fábrica. Suiza me parecía el desierto. Lo pasé mal"*. Lo dice sin énfasis. En el fondo, habla como escribe: yendo al grano, sin circunloquios, sin subrayados.

Cumpliendo con el tópico, la fábrica era de relojes. Ella se levantaba de madrugada y se pasaba las horas repitiendo el mismo gesto en una máquina. Mecánicamente. No sabía francés -*"fue mi marido el que estudió. Yo no pude"*, aclara-, y en una factoría en la que nadie hablaba era difícil aprender una lengua: *"Tenía sus ventajas. La monotonía me permitía escribir poemas mentalmente. Los transcribía al llegar a casa después de acostar a la niña. En húngaro"*. Con los años, quiso traducir aquellos poemas al francés que había ido aprendiendo con su hija, precisamente. Siempre había querido ser escritora. Desde los doce años. Su padre era maestro y en su casa no era raro que alguien escribiera. De hecho, su hermano pequeño ha publicado varios libros en Budapest: *"Él escribe más que yo"*, afirma Kristof con una sonrisa. *"Y lo han traducido. Al checo"*.

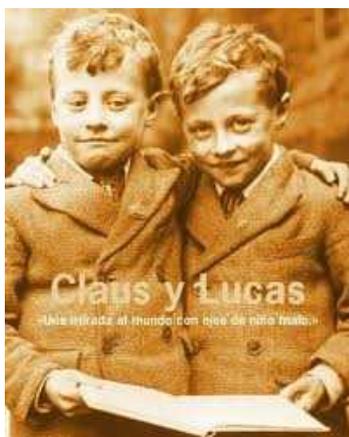
En 1986, treinta años después de salir de Hungría, su suerte cambió completamente. Tras haber escrito en francés una serie de obritas de teatro que pasaron de estrenarse en cafés a retransmitirse por la radio, Agota Kristof pasó dos años redactando *El gran cuaderno*, la historia de dos hermanos gemelos a los que su madre deja durante la guerra en casa de una abuela que no los quiere y a la que no quieren. Inocentemente despiadados, la crueldad de los muchachos no tiene más límite que su propia supervivencia. La escritora hizo tres copias de aquella infancia descarnada y las envió a París: *"Yo pensaba intentarlo en una editorial de por aquí, pero un amigo me convenció y envié la novela a Gallimard, a Grasset y a Seuil"*. A las dos primeras editoriales les pareció que una novela tan dura no encontraría lectores. La tercera la publicó. El éxito fue fulminante. Las ediciones y los premios se sucedieron, el libro fue traducido a 33 idiomas y Agota Kristof se convirtió en una referencia para miles de lectores en Francia. A *El gran cuaderno* le siguieron *La prueba* y *La tercera mentira*, las otras dos entregas de una trilogía en la que cada título es una vuelta de tuerca al anterior, dando versiones distintas, y hasta enfrentadas, de los mismos hechos.



## Tertulias Literarias

En España cada título se publicó por separado y con suerte dispar. Ahora El Aleph ha titulado el conjunto con el nombre de sus protagonistas: *Claus y Lucas*. "Nunca pensé en hacer una trilogía", matiza la escritora, "pero durante mucho tiempo no podía pensar en otra cosa. Tenía que continuar". Y así continuó aquel drama de guerra y aislamiento que la escritora sacó de su propia memoria. Aunque sus recuerdos de la guerra mundial no son malos -"no había colegio"- comparados con los de la posguerra: "Hacía un frío terrible y no había comida. Además, llegaron los rusos y se llevaron lo poco que había. Hungría se convirtió en una colonia de la URSS. Tuvimos que aprender ruso, geografía rusa, historia rusa. ¿Que si hablo ruso? Qué va. Nadie aprendía nada. Si ni los profesores sabían. ¿Cómo va a aprender alguien que no quiere aprender de alguien que no quiere enseñar?".

### Cine contra literatura



*El gran cuaderno* ha conocido multitud de versiones teatrales en Alemania y Japón, desde donde reclaman continuamente a la escritora. Por supuesto, en Suiza. Y en España. En el Festival de Otoño de Madrid en 1999 pudo verse la versión que la compañía chilena La Troppa puso en escena bajo el título de *Gemelos*. Además, sigue pendiente su adaptación cinematográfica: "Un productor estadounidense compró los derechos y contrató a Thomas Vintenberg, el director danés, pero al final pensó que no era el más adecuado. Es curioso, yo pensaba que sí lo era. Posiblemente el más adecuado", comenta Kristof del director de *Celebración*, aquella salvaje historia familiar en clave Dogma. Con todo, no sería la primera vez que una novela suya pasa a la pantalla grande. En 2002 el italiano Silvio Soldini -autor de *Pan y tulipanes*- adaptó *Ayer* (publicada en España por Edhasa), la cuarta y hasta el momento última novela de la escritora húngara. "Se la cargó", dice ella. "Le cambió el final porque decía que la gente no podía salir desanimada del cine". Agota Kristof reconoce que aquella suicida historia de amor entre extranjeros en una fábrica es su novela más autobiográfica.

Con todo, Un relato autobiográfico es el subtítulo de *La analfabeta*, el libro que hace dos años apareció en Suiza y que la editorial Obelisco acaba de publicar en España. Allí la escritora cuenta sin adornos su propia historia en ochenta páginas, pero el resultado no le convence. "Me equivoqué al publicar esos textos. Es una recopilación de narraciones que, hace años, mandaba a una revista en alemán de Zurich. No tienen ningún valor. Son redacciones escolares. ¿Por qué las publiqué? Entonces porque necesitaba el dinero. Ahora porque se empeñó el editor suizo. Estaban en el archivo del Estado, en Berna. Allí mandé todos mis papeles. A mí me daba igual. De todos modos, no hay quien entienda nada. Mi editor francés no lo quiso y en Alemania le dieron el premio de los críticos. Diez mil euros. No fui a recogerlos".

Desde que se le atragantó la historia de una muchacha enamorada de un hombre mayor, "un amigo de mi padre", Agota Kristof ya no escribe: "No lo necesito. Para mí la escritura es demasiado importante como para hacer algo que no me guste. Y no creo que me salga ya nada mejor de lo que escribí. ¿Para qué empeñarse? Tuve tres hijos y estuve casada dos veces. Nada de eso me impidió escribir. Quizás la fábrica... Ahora tengo todo el tiempo del mundo y no lo hago". ¿Y qué hace? "Como no puedo salir, veo la tele y me levanto tarde. Me encanta dormir, en parte porque sé que voy a soñar. ¿Pesadillas? También: que estoy en la escuela, que estoy casada otra vez...". ¿Y leer? "Leer sí leo, aunque menos que antes. Sobre todo, novelas policíacas, aunque luego no me acuerdo del nombre de sus autores."

"Últimamente también he leído a Pessoa". Además, en *La analfabeta* habla de Thomas Bernhard. "El problema es que ya he leído todo lo suyo. Me hacía reír mucho. Ya sé que es despiadado, pero por eso me hace reír, porque cuenta las cosas como son. Ahora estoy leyendo a otro escritor que no adorna las cosas, un húngaro, Imre Kertész. Cuando le dieron el Premio Nobel, los titulares de la prensa húngara fueron: 'Un judío gana el Nobel'. Pesaba más eso que el hecho de que fuera húngaro. Lo conocí una vez. Tuvo muchas dificultades para publicar en Hungría. Por suerte, lo tradujeron al alemán. Si no hubiera sido por eso no creo que le hubieran dado el Nobel".

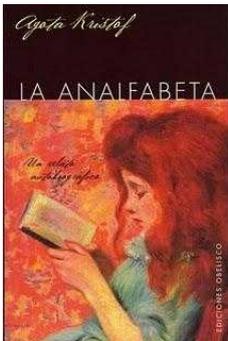
Aunque sostiene que Suiza no acaba de gustarle, Agota Kristof nunca pensó en regresar a Hungría: "Volví en 1968. Durante el viaje nos cruzamos con los soldados que los rusos mandaban a invadir Checoslovaquia. Habían pasado doce



## Tertulias Literarias

años. *En la estación no reconocí a mi hermano pequeño. Nunca he pensado en volver definitivamente. Mis hijos crecieron aquí y yo allí ahora sería una extranjera". El gran cuaderno*, que contiene una visión nada complaciente de los totalitarismos, no se tradujo al húngaro hasta la caída del muro de Berlín: *"Antes no había allí tantas diferencias entre ricos y pobres. Todo está muy dividido. Uno de mis hermanos, que es conservador, está encantado. El otro, que es de izquierdas, está horrorizado. ¿Yo? El problema del comunismo es que estaba lleno de mentiras: que éramos libres, que Stalin era nuestro padre. Era de risa"*.

En *La analfabeta*, la propia Kristof se pregunta cómo habría sido su vida si hubiera vuelto a Hungría: *"A menudo pienso en eso. Creo que allí habría sido más feliz. La gente es más cordial. Tal vez habría escrito más. Aquí pasé doce años sin poder escribir. En francés no podía y el húngaro se me iba perdiendo. Y la fábrica... Aunque peor que la fábrica fue luego trabajar en la consulta de un dentista. En un sitio no se podía hablar. En el otro, la gente no paraba"*.



### Sin poesía

Un editor italiano se ha propuesto publicar toda la obra de Agota Kristof, empezando por los poemas en húngaro. Ella se niega. ¿Cuando escribía en húngaro también era tan cruda, o la crudeza de su estilo viene del hecho de que el francés no sea su lengua materna? *"No, no. En húngaro era muy poética. Demasiado. Por eso no me gustan aquellos poemas. Creo que si hubiera seguido escribiendo en húngaro habría ido quitando y quitando, diciendo sólo lo estrictamente necesario. Seguramente mi forma de escribir viene del teatro. Diálogo puro. Lo justo, sin relleno, sin grasa. ¿Para qué dar vueltas? ¿Para hacer literatura? No me interesa la literatura"*.

Al final, es imposible pasar por la crueldad de los protagonistas de sus libros sin pensar si sus hijos los han leído: *"Sí. Y les gustan. A mis nietos les hace gracia que a su abuela la lean en las escuelas. ¿Qué es duro? También lo es la vida"*. En las novelas de Kristof no hay mucho espacio para la esperanza. Sus personajes no creen en los sentimientos. ¿Y ella? ¿Cree en los sentimientos? Cuando escucha la pregunta levanta las cejas, guarda un largo silencio y, con la misma cordialidad con que abrió la puerta, responde: *"No"*.

### Reseñas e crítica

**El Cultural, 12 de abril de 2007**

Por Rafael Narbona

Flaubert nos legó una obra maestra sobre la estupidez (*Bouvard y Pécuchet*), pero aún esperamos una crónica magistral de la malicia, esa forma de perversidad moral que sólo conoce la plenitud en la infancia, donde el otro deviene objeto de un narcisismo sin límites. La trilogía (*El gran cuaderno*, *La prueba* y *La tercera mentira*) de Agota Kristof (1935-Csikvand, Hungría) es una excelente fábula sobre la amoralidad de la niñez. Dos gemelos crecen en la Hungría invadida por el ejército alemán y, más tarde, por las fuerzas de la Unión Soviética. Abandonados por su madre, se ocupa de su educación una abuela cruel y analfabeta. Claus y Lucas se enfrentan al mundo desde cero, sin ningún lastre moral, sólo preocupados por comprender los diferentes aspectos de la experiencia: el cuerpo, el espíritu, la naturaleza. Son dos, pero constituyen una sola persona. No toleran la separación, pues en ausencia del otro se perciben incompletos.

*El gran cuaderno* es la mejor novela de la trilogía, con sus frases minimalistas, sus brevísimos capítulos y su capacidad de infundir credibilidad a lo inverosímil. Situaciones y personajes sólo necesitan unas líneas para cobrar vida. Los aztecas identificaban lo doble con lo monstruoso, con los dioses informes, que se manifiestan de forma horrible y, realmente, Claus y Lucas son anomalías que inspiran terror sagrado. Se ejercitan en la crueldad, estragando su carne y la de los otros; fingen patologías ficticias y desprecian la compasión; utilizan la violencia con la terrible racionalidad del que ha sellado su conciencia; cultivan la ambivalencia, el engaño, el disimulo y observan la muerte como un espectáculo. El mundo es un teatro o, más exactamente, una mascarada y la muerte sólo es el acto final. No hay Dios ni

**GRUPO B**



esperanza. El género humano sólo es un rebaño. Fieles a esa enseñanza, no les importa provocar la muerte del padre ni conservar en un armario el esqueleto de la madre muerta.

*La prueba* sitúa a los gemelos en el límite de su capacidad para sobrevivir sin el otro. Claus cruza la frontera en la época del telón de acero y Lucas permanece en Budapest, responsabilizándose de Mathias, un niño discapacitado. Al igual que los gemelos, Mathias es un monstruo. Fruto de un amor incestuoso, soportará continuas vejaciones en la escuela. Su relación con la vida estará marcada por un justificado resentimiento, que revela la imperfección de un mundo sin Dios. Siguiendo el ejemplo de Claus y Lucas, Mathias se refugia en la escritura, pero son palabras inútiles, condenadas a morir, pues la ausencia de Dios condena a la nada toda creación, abocada antes o después al no-ser.

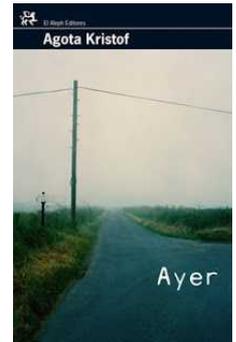
*La tercera mentira* es una narración más convencional, pero su pesimismo es tan insoportable como esos gemelos que han crecido sin conocer el sentido del amor, la piedad o el perdón. El hombre es un inválido sin Dios. Ni siquiera es real. Todo lo relatado hasta entonces es falso. Los gemelos son uno, una conciencia desdoblada, que contempla el suicidio como la única salida racional en una realidad en proceso de descomposición. Si al final no hay nada, ¿por qué esperar? ¿Por qué no abandonar cuanto antes la impostura de vivir?

*Claus y Lucas* es una parábola estremecedora, sin espacio para la esperanza. Agota Kristof demuestra que la verdadera literatura nos enseña lo que no podemos conocer, pero sí comprender. El nihilismo de estas páginas corrobora la profunda escisión del hombre, que busca lo doble, lo idéntico, para entender la diferencia y para expresar su incurable anhelo de infinitud, frustrado una y otra vez por la indigencia de nuestra racionalidad mortal.

## Tamén de Agota Kristof...

*Ayer* (Edhasa). Un hombre huye de su país y encuentra trabajo en una fábrica. Allí llegará, casada y con un hijo, la mujer de la que estaba enamorado. Publicada originalmente en 1995, es la novela más autobiográfica de Agota Kristof, a quien no le gusta la versión cinematográfica que Silvio Soldini hizo en 2002. El director italiano la tituló *Brucio nel vento* y le puso un final feliz.

*La analfabeta* (Obelisco). "Leo. Es como una enfermedad", así empieza el primero de los once textos autobiográficos que contiene este librito. Relata la historia de un desafío -escribir en francés- al que se enfrenta alguien que ha tenido que abandonar su país y su lengua. Entre cómico y absurdo, un capítulo se titula "La muerte de Stalin". Puro siglo XX.



Fontes:

- [El Cultural](#)
- [Wikia](#)
- [Mujeres y cia](#)
- [La Información](#)
- [La Vanguardia](#)
- [El País](#)

Para saber más:

- [Reseña "Claus y Luca" en La Vanguardia](#)
- [Agota Kristof, una poética del mal](#)
- [Reseña de "Ayer" en Letras Libres](#)

Biblioteca Central Rialeda  
Avenida Rosalía de Castro 227 A  
15172 – Perillo (Oleiros)  
Tfno.: 981 639 511  
Fax: 981 639 996  
Email: [biblioteca.rialeda@oleiros.org](mailto:biblioteca.rialeda@oleiros.org)  
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

## GRUPO B